

ARTES PLASTICAS

Por JOSEFINA R. DE MIGUENS

EL arte es una de las uniones más intensas y concentradas del hombre con la realidad del mundo.

La generalidad de la gente no llega a comprender esto porque su visión abarca sólo aspectos parciales de la realidad del mundo. Decimos "mundo" y se interpreta que hablamos de este mundo in-

mediato, restringido, visible, cotidiano. Quedan ignorados la mayoría de los elementos extra-naturales de la totalidad expresada en la palabra mundo, elementos que son tan genuinamente reales como el mundo visible que los seres toman en cuenta como completo o por lo menos suficiente para su bagaje vivencial. Claro está que la conciencia de estos elementos sobrenaturales reflejados por la realidad del mundo (recalco el aspecto reflejo para aclarar *"contra el engaño romántico que investía a la naturaleza de valores espirituales que ella refleja pero que de ningún modo posee"* - Watkin) no es generalmente constante ni se hace sentir siempre con la misma intensidad. Puede ampliarse esta conciencia por vías normales y sencillas, abriéndose el hombre a recibir fórmulas inexpressadas, ahondando el poder receptivo y cognoscitivo, asumiendo realidades indefinibles hasta convertirlas en un presente permanente. Y puede en cierta forma invocar este conocimiento, que así conjurado se presentará a nuestro entendimiento y sensibilidad en forma cada vez mayor.

En el arte, como en la religión, el motivo intrínseco y principal es el amor. En ambos campos el amor es producto de una necesidad interior y esencial del ser humano. Necesidad de unión con Dios en cuanto al ser religioso del hombre, necesidad de unión con la realidad, en el artista.

Para mí la pintura es un medio de expresar aquellos elementos que integran la realidad —creación— y le dan su valor impregnado de absoluto. Trato de fijar por su intermedio la percepción intuitiva del milagro de la vida en todos sus aspectos, el asombro ante la mera existencia, el infinito valor de ese saber oscuramente sentido, previo al saber absoluto, en la resurrección.

Así como hay planos en el camino de perfección del hombre, relacionados di-

rectamente con su capacidad natural, los hay también en el arte. Dos obras de arte pueden ser perfectas en sí mismas y sin embargo el valor de cada una varía de acuerdo al plano en que está situada; planos que van desde la sensualidad más inmediata hasta la espiritualidad más depurada, conservando, por supuesto, las exigencias sensibles de la pintura en sí. Para mí el problema se plantea en términos de humildad.

Si un artista cesa de querer imponer a su obra como fin primordial el sello de su personalidad, los pequeños detalles y anécdotas particulares que lo distinguen de otros, y se abre frente a la realidad, más presente estará en ella la esencia metafísica del arte y, como consecuencia de esta posición, más honda será esta misma personalidad del artista que le dio vida.

Pues este todo supera en hondura cualquier característica por más atrevida u original o bella que sea, particular a un ser humano. Puesto que se expresa la creación y por ella los elementos que son la esencia del Creador y no un mero sector imperfecto y delimitado, condicionado, que es la personalidad propia del artista. *"Negar sistemáticamente el mundo-creación es negarse a sí mismo, es una manera de suicidio"* (Bazaine). Creo pues que debe tomarse con reservas el término *"pintura-expresión de sí mismo"*, pues todo depende del sentido que se dé a estas palabras. El empleo de esta definición limita equivocadamente el campo abarcado por la pintura. El arte es el hombre y el mundo juntos, es el reencontro de la unidad.

"Es a través de un constante sentimiento de desposesión que podemos esperar crear el objeto de nuestra posesión" (Bazaine).

De esta conciencia nace inevitablemente la humildad.

Quiero recalcar que cuando digo que

un artista debe abrirse a la totalidad de la creación, no digo de ningún modo que deba ser un perderse en ella hasta no reconocerse más, hasta no tener más conciencia de sí mismo. El artista debe mantenerse en plena conciencia de su posición en el mundo y de su poder de intermediario continuador de la obra de la creación, no ponerse como único elemento sino como parte del todo.

La realidad propone el objeto, el temperamento del artista elige un aspecto particular de la totalidad y el modo de su visión, luego la forma de su expresión.

He aprendido el camino de la solución de los problemas plásticos de la pintura por medio de la observación, luego la representación de la creación. No quiero de ningún modo hablar de mera copia de la naturaleza. Parte de mis conclusiones han sido sacadas justamente de lo que existe en la creación en una forma impalpable e implícita a través de la materia y originada por ella. Hablo del calor, del movimiento, del juego de líneas y formas en el espacio y no de aquello que no podría ser captado por una mera reproducción. Esta resultaría insuficiente para comprender y poner en evidencia los valores del mundo.

La unión con la realidad no sería posible sin la intervención de una facultad superior a modo de operación, en este caso la intuición sensible e intelectual que aprehende las formas inteligibles.

Luego la representación artística: (hay casos en los cuales la representación ni siquiera toca el arte), agrega valores a esta aprehensión inicial. El artista por medio de sus condiciones puramente humanas (inteligencia, sensibilidad, sentido de composición, etc.) ordena la visión y en cierto modo agrega al recrearla nuevos elementos que él sólo posee. Estos elementos juegan una parte importantísima en la representación artística, pues

gracias a ellos la representación llega a ser una selección en la cual los aspectos innecesarios que oscurecen la visión natural están eliminados, y expresión limpia y purificada de lo que parcialmente existe en el mundo en una forma confusa; enriquecida por los elementos que aporta la personalidad del artista.

Quisiera llegar en mis obras a la perfección necesaria en cuanto a composición, equilibrio, color, técnica, etc., para que la misma materia exalte y el mismo tiempo se borre frente a la otra realidad trascendente que ella sugiera; que esta misma materia no entorpezca la comunicación de las correspondencias y analogías de otro origen que sugiere.

Creo que lo esencial es una obra de arte no es nunca puro invento sino objeto originado por lo real. No digo que este objeto originado por lo real deba ser necesariamente reconocido en su equivalente exacto en la naturaleza, lo cual sería forma repetida de lo real.

Esta realidad, y vuelvo a recordar lo que entiendo como realidad, no es necesariamente la realidad visible y material sino la realidad implícita en la materia de la creación. O sea que el objeto originado por lo cual puede ser consecuencia de un elemento o una serie de elementos que hayan producido en el artista una determinada sensación o aprehensión, intuitiva o intelectual.

El artista retransmite esta aprehensión intuitiva e intelectual tomando como base para su expresión, el objeto que la originó u otros elementos equivalentes que él mismo crea por considerarlos más expresivos o más aptos para comunicar aquella sensación. También hay casos en los cuales el artista se sirve del elemento que originó la sensación pero lo depura o lo enriquece con nuevos elementos propios para así conseguir una mayor exaltación del objeto y como consecuencia de ello una mayor comunicación de su aprehensión intuitiva.

No me refiero, entonces, a copia sino a extracción o resumen o síntesis. Y no me refiero a la realidad-naturaleza-materia sino a la realidad-creación.

He dicho ya que el arte no repite simplemente sino que continúa y complementa la naturaleza. Es esa belleza que consiste en "la armonía de las partes irradiada por un maravilloso esplendor" (San Agustín). Es la unión de la belleza con la verdad. Unión reflejada por la creación que por el fiat creativo de Dios gradualmente supera el desorden y disgrega la oscuridad del caos que linda con la nada.

La materia y su disposición juegan la parte fundamental en la pintura, puesto que es un arte eminentemente sensual, en cuanto se dirige en primera instancia a los sentidos y por medio de ellos solamente habla al espíritu.

En este aspecto, la pintura exige estudio y un fuerte sentido de los problemas del tiempo. Sólo después de un aprendizaje intenso y serio puede nuestra expresión ser, además de individual, expresión de lo abstracto y universal, elevado por encima de la persona y de lo transitorio y particular. O sea actitud vital que se vuelva actitud metafísica.

La lógica de lo antes dicho explicará por qué me inclino a la abstracción. No me reduzco a la reproducción de la naturaleza sino a extraer de la realidad sus elementos implícitos. En vez de reproducir una naturaleza muerta o un paisaje o una figura, extraigo de ellos la fuerza de sus líneas, el contenido de sus colores, el sentido que juega en sus espacios. Ordeno estos elementos depurando o enriqueciendo, para que de su disposición misma surja la exaltación de los valores de la realidad que quiero poner en juego; que la reconstrucción que de ello resulte sea una representación de los elementos de la realidad que originaron mi experiencia, más elocuente que la realidad misma.

Tengo por ejemplo un cuadro originado por la contemplación del agua.

El primer paso previo al cuadro es la contemplación del agua como elemento natural. Luego, a pesar de conocer su fórmula y tener un contacto cotidiano y simple con ella, la vemos poco a poco con distinta sensibilidad en una contemplación más íntima y más abstracta al mismo tiempo. De la contemplación surge la aprehensión de sus propiedades e implicaciones. La vida mágica que la mantiene en existencia y le confiere su energía y su materia por sobre la nada que la precedió nos va develando las virtudes de su creación, nos habla del Poder eterno que la originó y la sostiene. Es así como llegamos al conocimiento intuitivo del secreto de la creación.

Cuanto más profunda es la contemplación, más alcanza la intuición a penetrar los últimos factores y leyes metafísicas que se hallan dentro y a la vez sobrepasan el fenómeno físico.

Percebimos la existencia del secreto pero sólo podemos penetrarlo parcialmente, pues en última instancia este secreto pertenece a la esencia del Creador; no nos está en esta vida otorgado el conocimiento pleno de su gran incógnita.

Luego de esta aprehensión viene su representación. Para transmitirla el artista se sirve de los elementos interiores del agua, los más esenciales y más profundos. Los retransmite ordenándolos y exaltándolos para que su lenguaje sea más evidente y más fuerte testimonio de su visión que el agua misma.

Si las líneas o los colores que vio en el agua le parecen insuficientes o poco aptos como portadores de su intuición, el artista puede emplear otro lenguaje totalmente propio para retransmitirlo. Pues su intuición ha ido más lejos que el agua y su voluntad de expresión se

refiere directamente a aquella intuición y no al agua misma que fue sólo el medio que la originó.

Perdóneseme si estas digresiones no han sido lo suficientemente aclaratorias. Pero hay un pequeño factor importante, y es que el pintor generalmente no puede expresar sus intuiciones sino por medio de la pintura. Su necesidad es inexpressable por medio de las palabras y el resultado de este intento es generalmente inexacto o insuficiente. Si un artista pudiera decir sus intuiciones no las pintaría. Además sabemos que no se puede explicar la naturaleza de la intuición; sólo podemos decir que es un contacto oscuro, concreto y abstracto a la vez, que no prueba nada sino que sólo muestra sin demostrar.

La intuición muestra su objeto directamente a quienes buscan en su propia experiencia aquello que se les propone, o indirectamente a quienes confían en la experiencia de quienes la testimonian.

La gente, en general, no puede aceptar que haya otro lenguaje para hablar de la realidad, distinto de la copia de su parte material. No comprende que a veces la mera repetición de la naturaleza aclara menos la esencia de la creación que la penetración profunda de los elementos que la integran. La controversia en el caso de la pintura así encarada es a menudo estéril porque sucede que el oponente no puede o no quiere ver lo que se le muestra, o hace interferir en su visión del objeto otro objeto o aspectos accesorios del objeto en cuestión sin querer admitir la posibilidad de que su propia visión sea la defectuosa. Sucede también, que la pintura en cuestión, pueda tener un contenido tan profundo o tan oscuro que sólo la visión de pocos puede alcanzarlo. El público, en general, le niega el tiempo y el interés necesarios para enfocarlo desde el ángulo verdadero y se atiene sólo superficialmente a sus aspectos más inmediatos.

En esta actitud responde a la idea arraigada en general, de que lo metafísico es algo vacío flotando en el aire a una altura remota. En consecuencia, se cree que es menos real que lo físico y sólo producto de la subjetividad ilusoria de quien lo intuye. A lo más, sólo se admite que es un mero reflejo de la materia física sólida y real; no se quiere aceptar que la posición contraria es la verdadera, la cual sostiene que la materia es la sombra del espíritu, el fenómeno físico el reflejo del fenómeno espiritual.

Es deber del artista luchar con todos los medios que posee en contra de este prejuicio existente a favor de las realidades mínimas opuestas a las más profundas y últimas. Pues la paz del hombre resulta de su posición exacta frente a la realidad, y esta paz que tanto busca en distintas direcciones, sólo puede conseguirla en la estabilidad que le dará la aceptación y reafirmación del orden metafísico ya expresado en la creación.

En la abstracción se hace jugar la línea, el color, la forma, el espacio, como lenguaje único. Estos medios de expresión no están en función de la copia de algo sino que hablan por sí mismos. El contenido se halla fundido en la línea, el color, la materia de la obra pictórica. No se puede separar lo uno de lo otro; es sólo a través de la expresión de estos elementos que podemos captar lo que de ellos se desprende:

Generalmente, dan el tono de la obra artística, formulan el plano en el que se sitúa la obra, expresan la actitud del artista frente a la vida.

"Art I suppose is only, is only for beginners, or else for those resolute dead enders who have made up their mind to be content with the ersatz of Suchness, with symbols rather than with what they signify, with the elegantly composed re-

cipe in lieu of actual "dinner" (Huxley).
Esta frase es exacta si se refiere a los artistas que se conforman con llegar a expresar una perfección exterior a la que no hacen nada por llegar a penetrar. No estoy sin embargo de acuerdo con Huxley en culpar al arte sino a los artistas. No entiendo por qué Huxley toma el arte únicamente como un reemplazante de la verdad y lo rebaja a ser un engaño, cuando es la continuación de varios aspectos del arte creativo de Dios en el mundo, proyectado a través del tiempo y del espacio; cuando es la expresión humana del divino misterio de la creación y su historia.

Debe achacarse el engaño a los artistas que, no haciendo ningún esfuerzo por elevarse y penetrar la perfección que expresan, se creen elevados y enaltecidos por la obra que crean y se contentan con esta perfección exterior que nada les agrega realmente. Pues el arte no es el punto final de reposo del espíritu. Este punto final está en la región sobrenatural y no en la región natural del arte. Sólo desde este punto sobrenatural el alma trasciende las imágenes que se proyectan en arte.

Pero el arte, cuando va acompañado de una sincera voluntad de perfeccionamiento y conocimiento en el artista, no es un reemplazante de la verdad sino un medio enriquecedor de llegar a ella. Es *"una religión natural de inmanencia, preludio de la región sobrenatural de trascendencia."* (Watkin).

El arte es un camino; si no se lo toma como el único camino, enriquece la búsqueda de absoluto en cuanto se busca este absoluto en todos los planos de la vida. Y no cuando se toma como un fin en sí y se lo lleva falsamente al "limbo de lo intocable".